

LOS LIBROS

La espaciosa soledad, por Vicente Salas Viú.

Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1960

A poco de haber iniciado la lectura de esta colección de relatos, nos damos cuenta de que estamos ante un escritor que conoce su oficio. Y ello es explicable. Vicente Salas Viú es español, lo que en el plano del dominio de nuestro idioma significa haberlo bebido en su fuente original, con ese tono y sabor que tienen las cosas que manan espontáneamente. Nosotros, en cambio, los de Hispanoamérica, tenemos que hacer poco menos que un aprendizaje para lograr una relativa corrección en el manejo del castellano. Hay que estar en un forcejeo constante con el medio para no derivar hacia un idioma descoyuntado, pobre en palabras y giros, sin esa reciedumbre con que seguramente lo hablaron los conquistadores. Ya Unamuno advirtió esta habla estropajosa del hispanoamericano. No es que el idioma de Salas Viú sea de corte recio, de frases rotundas y elocuentes. Hay en su prosa un señorío natural como las buenas maneras de un señor de prosapia. Discurre ella con esa desenvoltura y naturalidad de quien escribe sin esfuerzo, como se respira.

En la parte descriptiva ese tono discreto, grato, se eleva para dar a la presentación de la naturaleza mayor relieve y visualidad. La descripción es reflejo del estado anímico del protagonista o de los hechos en que interviene. No es, pues, un elemento decorativo. Se ha insistido bastante en que la descripción juega en literatura un papel accesorio, y no debe extenderse, por lo tanto, hasta predominar sobre la narración, que en el cuento y la novela es lo esencial, pues constituye el núcleo humano en torno del cual gira la dinámica de todo

relato. Las descripciones de Salas Viú cumplen con esta finalidad. Trascibamos un trozo en que aparece ella en el sentido indicado: "Cruzaron un largo puente. Era una honda escarpadura en cuyo fondo corría un río turbulento. En un rincón, entre las breñas, se abría un prado de un verde, más tierno que ninguno, a cuyo borde serpeaba una vena de agua. Andrés pensó en lo grato de vivir allí, solo, tranquilo, apartado de todo. La misma envidia le acudió después al divisar un bosquezuelo a la ladera de una dulce colina, fuera también de rutas practicables. Excitaban su deseo esos lugares deshabitados al margen de los caminos, por los que tal vez nadie pasó jamás. Lo fugaz de su visión, su emoción huidiza, daban mayor fuerza a aquel deseo y el estar cierto de que él tampoco podría llegar nunca hasta ellos hacía relacionarse este ansia con la de todo lo inalcanzable que sintió en su vida, plena de tanto vago anhelar. ¡Y tener que seguir los caminos trillados, contentarse con ellos, mientras los otros, apenas entrevistos, sin saber dónde van, se desvanecen como humo de sueños!" (pág. 12).

Esta prosa sin altibajos está en consonancia con la acción. A pesar de que en algunos de los cuentos el asunto parece derivar a lo dramático y a un estallido de pasiones, Salas Viú no pierde su ritmo de tono medio. Cuando los sucesos están a punto de culminar en un clima de patetismo y exaltación, prefiere él reprimirse, acudir al suspenso, el cual tampoco implica angustia, dejando al lector entrever el desenlace. Para acomodarse a ese final lento, de tinte a veces melancólico como un crepúsculo vespertino, la frase se desliza suavemente, sin bruscas alternativas, como por un llano.

Puesto que se trata de una colección de quince cuentos, lógico es suponer calidad dispar. Unos son anécdotas de escasa trascendencia; otros, impresiones de viaje o de excursiones a la cordillera; los hay de simples recuerdos personales. La técnica empleada en casi todos los cuentos es la retrospectiva, la reviviscencia de acaeceres que le dejaron una impronta que luego ha transfigurado en ficción. Entre los relatos que más favorablemente nos impresionaron está "Entre vivir y morir", tanto por su factura como por la variedad de episodios y entrecruce de pasiones, lo cual induce a pensar que en el fondo es una novela sintética. En este cuento comprobamos otra virtud del autor que incide con el tono medido de su prosa y con su ausencia de repentismo en los desenlaces. Salas Viú sabe soslayar el realismo de los motivos, la verdad de los acontecimientos, el verismo de los persona-

jes, mediante una dosis de fantasía o la intervención de un elemento sobrenatural, como lo vemos en el cuento citado. Técnica y estilo se corresponden. Un accidente de aviación, la muerte en este accidente del protagonista, el duelo de los parientes, la actitud falsamente compungida de los amigos, la aparición sorpresiva de un pretendiente de la viuda; todo ello contado con fluidez, precisión, sin insistencia en los detalles triviales, acentuando sólo aquéllos indispensables para caracterizar a los personajes en sus rasgos diferenciadores o para presentar las circunstancias humanas o físicas. Cuando parece que la nota de realismo subido va a darse, vuelve Salas Viú a su tono medio, esquivando o insinuando los casos escabrosos. La aparición intangible del esposo fallecido en los momentos de mayor dolor o cuando el enamorado pretendiente requiere a la viuda, aporta una atmósfera sobrenatural al relato para imprimirle una alta jerarquía artística. La prosa se torna ingrávida como si las palabras estorbasen a la condición de sombra del protagonista.

En "Postrer viaje" la narración se dinamiza, los hechos se suceden con rapidez, hay una aguda penetración en la psicología del protagonista, dejando tenso el interés del lector por el destino que ha de ocurrirle. La figura del protagonista se perfila en contornos inconfundibles, seguramente porque su existencia está jalonada de dramatismo y por la dignidad con que soporta los infortunios morales y materiales que terminan por aniquilarlo.

Como buen español de la llamada España "peregrina", no podía Salas Viú dejar de ambientar algunos relatos en el clima bélico de la lucha fratricida y protagonizarlos con heroicos y silenciosos voluntarios, entre los cuales está él. Destacan, entre esos cuentos, "El gato de humo", en cuyo patetismo se diluyen gotas de humorismo, y "Encuentro a retaguardia", sutil, delicado; allí donde el lector podría sospechar un acto de erotismo, Salas Viú bosqueja la acción con medias tintas, a fin de que sólo surja la intención elevada de esos soldados republicanos.

No podemos dejar de mencionar "Vida socavada". Más que por la acción, destaca este cuento por la agudeza introspectiva, por el auto-sicoanálisis del protagonista y por la prosa leve, a ratos poemática, siempre musical. Sabemos de la vocación que por la música siente Salas Viú. Acaso en el cuento citado revele esa vocación a través de las palabras y frases dulcemente orquestadas.

Estamos, como dijimos al empezar este comentario, en presencia de un escritor que conoce su oficio, que posee soltura y fluidez para contar e interesar. No encontraremos en los relatos de Vicente Salas Viú trascendentalismo. Son simplemente trozos de vidas, evocaciones personales, sucesos del acontecer cotidiano, referidos por un espíritu fino, culto, sensible.

M. R.

*

Cuerpo a Tierra, novela de Ricardo Fernández de la Reguera.

Editorial del Nuevo Extremo, Santiago-Buenos Aires, 1959

Es evidente que la novelística española de los últimos treinta años se niega a coincidir con los rasgos relevantes de la novela occidental. Atribuir este desajuste al imperio de una censura implacable o a una congénita incapacidad del español para escribir buenas novelas, es condenarse a no entender lo que ocurre. Causas muchísimo más profundas han estado operando en España desde la cancelación del Barroco, manteniendo en vigencia un modo de creer, de sentir y de pensar insolidario con el resto de Europa, e influyendo, consecuentemente, sobre el destino de su novela. Piénsese que, a partir del *Quijote* (proyecto genial de novela, pero sólo proyecto), es en Inglaterra y en Francia donde se crean nuevas formas narrativas, apoyadas, según ha mostrado Ian Watt, en el hallazgo de un "realismo formal", impenetrable para la mentalidad teológica del español. Cada una de las variantes que el flujo de las generaciones a lo largo del siglo XIX impone al quehacer épico cae fuera del campo vivencial del hombre hispánico, que será realista, naturalista, existencialista, siempre fuera de tiempo, en ineludible contrapelo con el resto de Europa.

Pero no es éste el momento de ocuparnos de esta permanente disonancia. Sólo de insinuar su existencia.

Entre los novelistas españoles jóvenes, Ricardo Fernández de la Reguera ha conseguido suficiente crédito como para que *Nuevo Extremo* le reedite *Cuerpo a Tierra* (Barcelona, 1954), otra novela más sobre la Guerra Civil española. No es la única del autor. Empezó escribiendo *Cuando voy a morir* (1951), especie de anti *Rojo y Negro*,